

Y

2586

1918

*de las...*  
*pero...*  
*no...*  
*...*

EL LIBRITO  
**DE LAS MUJERES**

POR

**JUAN MARIA URIBE U.**

SIENDO

**Una serie de diez cartas**

**Dirigidas a una señorita.**

**1918.**

UNIVERSIDAD

EAFFIT



Salado Patrimonial Documental

FUNDACION ANTIOQUEÑA PARA LOS ESTUDIOS SOCIALES  
F A E S  
UNIDAD DE INFORMACION "LUIS OSPINA YASQUEZ"

1/2586  
1918

# NOTICIA

## BIOGRAFICA Y LITERARIA

Eramos nosotros niños todavía cuando vimos por la primera vez, en una fiesta patriótica en Palmira, la frente olímpica y la nariz de buitre, bajo la cual, una carnososa boca soltaba, como saetas, los verbos fastuosos y las frases convincentes y fáciles de don Juan María Uribe.

Era el héroe del día. Sus antecedentes de hombre de acción le colocaban allí donde hubiera algo que hacer; su desbordante entusiasmo patrio le daba el primer sitio en todos los regocijos de la madre Colombia; sus largos y provechosos estudios le creaban espontáneo auditorio en donde hubiese un pensamiento que emitir, y su cultura ingénita y su porte gallardo y desenvuelto le atraían las voluntades y le formaban como un círculo de cariño y de ovación desde que el se levantaba para iniciar un discurso.

Llegado al Cauca tras la honda pena que le trajo a su espíritu la muerte inmovitada y trágica de su padre, el benévolo Prefecto de Rionegro, cogió por nuestra tierra tal cariño que la hizo suya propia y la buscó desde entonces como propicio lecho para dormir el sueño último.

Largos viajes hizo después : fué a Bogotá y acompañó a Martín, a Santos Acosta y a todos los amigos irreductibles de la libertad en sus esfuerzos contra el poder avasallador del General Mosquera; volvió a Antioquia como Secretario del General Rengifo; fué al Perú como Encargado de Negocios de nuestra República; estuvo en Londres como estudiante; en París como turista; en Bremen como Cónsul, y donde quiera tuvo una frase de cariño y un recuerdo nemoroso y balsámico para esta tierra caucana que hoy guarda con amoroso recogimiento sus cenizas.

Hombre de recia voluntad, a los solos golpes de ella pudo terminar en la Capital sus estudios de Abogado, sin alcanzar a graduarse, porque su pobreza de entonces no le permitió llegar hasta ponerse la r, y hubo de contentarse, como decíamos sus amigos, con ser docto y ser don Juan.

Batallador indomable jugó varias veces con el hado

30 NOV. 1978

Recibido por  
Flia. Jorge  
Recibido por

agresivo, y comerciante en Cali y Buga, industrial en Bogotá y Liverpool; campesino en Palmira y en Tuluá, edificaba, con los materiales de su inteligencia y de su brazo, una y otra fortuna que las inclemencias de la política y del tiempo se complacían en destruir, para mirarlo—Fenix—salir más airoso de sus propios escombros.

Varón de ideas concentradas y profundas, no perdía la brújula en los grandes sacudimientos idearios porque han atravesado los partidos y los hombres en Colombia, y desde sus primeros pasos hasta sus postrimeros instantes, su vida fué una recta sin trepidaciones, con mira a la independencia absoluta del individuo y camino de la libertad del género humano; todo ello sin flaquezas por raigambres hereditarios y aberrantes o por sofismas de pseudo-acomodaciones a la la incipiencia del medio.

Liberal en la más elocuente, amplia y sostenida de las acepciones fué a la prensa, fué a la tribuna, fué al combate, fué al motín, cuando quiera que imaginaba que de ese empeño suyo resultaba fúlgida una idea, libre un hombre o rota una cadena.

Por eso en la silenciosa y hábil revuelta del 23 de mayo se le ve con un rifle custodiando en el observatorio el tigre rugidor del General Mosquera. (1)

Por eso en la famosa trampa regeneradora en que cayó mucho jóven inexperto y no pocos viejos machuchos, no se hundió este escrupuloso analista.

Por eso en la fragosa y colosal contienda en que se vierte a raudales la sangre de los inocentes para derribar de su pedestal de egreimiento a los atropelladores y ambiciosos, él estuvo del lado de Bélgica, que es el honor; de parte de Francia, que es el derecho; con Inglaterra que es la razón, de parte de Italia que es la justicia y de E. E. U. U. que son la libertad.

De su enorme admiración por la gran República Nórdica es hija aquella admirable estrofa suya que recitaba como de algún poeta "olvidado por mediocre" según su modesta frase :

(1)—A propósito de este incidente de la vida de don Juan, no será extemporáneo recordar una chistosa escena allí verificada. Paseabase el General Mosquera en el vestíbulo en donde estaba preso y refunfuñando a ratos y vociferando a veces contra todos los jefes del movimiento que lo había destronado, dijo para que lo oyera su centinela Uribe: "Acosta! Acosta? Un lavativero!"

A lo que respondió: "usted tiene razón porque lo que es esta lavativa que le ha puesto ahora si ha estado desconsiderada". Mosquera, enfurecido, soltó entonces una interjección de cólera, de despecho. Tal vez de aprobación.....

El pueblo que viril consagre solo  
 la libertad del hombre y las naciones;  
 el que ponga sus plantas en la savia  
 del Trópico y las sienes en el Polo;  
 el que lleve sus barcos, cual girones  
 del territorio, a Hamburgo y a Batavia;  
 el que domine el capital, y cruce  
 el cielo, como el piélago profundo,  
 ese ha de ser el domador del mundo.

Hombre de mundo, delicado y sutil, era el encanto de los salones y se complacía en distraer la concurrencia, no con chistes vulgares ni insinuaciones malévolas, sino con observaciones sagaces y símiles regocigados, en que; si alguna epidermis sufría, era siempre la suya. Aún recordamos su fácil y brillante salida con una dama que bailando le pidió una estrofa: "Paseando, a tu brazo, Me miré al espejo, Me solté llorando viendome tan viejo!"

Como hubiera perdido desde los 26 años casi por completo el uso del oído, se esforzaba siempre por huir del atontamiento y hebetud en que ese defecto sume hasta a los más intensos pensadores. Buscaba toda *causserie* amena o científica y en ella llevaba a *outrance* la palabra, merecida y deliciosamente: era un autopiano que tocaba por sí sólo, los más hermosos rollos de historia, de filosofía, de reminiscencias viajeras y de psicología social.

Víctima de una soltería melancólica y contumaz, no se cansó nunca don Juan de poner su estado de involuntario celibatismo como doliente modelo para los jóvenes, tal vez a sus honrados y póstumos consejos debemos no pocos la oportuna formación de nuestro hogar.

Trabajador ingénito y virtuoso, analgamaba, como Tolstoy, las altas lucubraciones del espíritu, con las humildes maniobras del campesino, y dejaba de mano la escritura de sus valiosas y perdidas "Memorias" para concretar la mente a su victoriosa canalización del Río Bolo; y si suspendía la confección de estas páginas—consejeras de la mujer moderna—era para buscar, tesonera, pero inútilmente la máquina mejor adaptada a la hilandería de nuestro fique. Como su enorme sobrino, el egregio General Uribe Uribe, dejó en la tierra raudales de sudor, que, al par que fecundaban el solar de su cariño, adelgazaban su materia y purificando sus ánimas excelsas iban como preparándolas para la vida indefinida que uno y otro han alcanzado.

**Domingo Irurita**

# Una como Prólogo.

SEÑORITA MARÍA RUEDA G.

*Bucaramanga.*

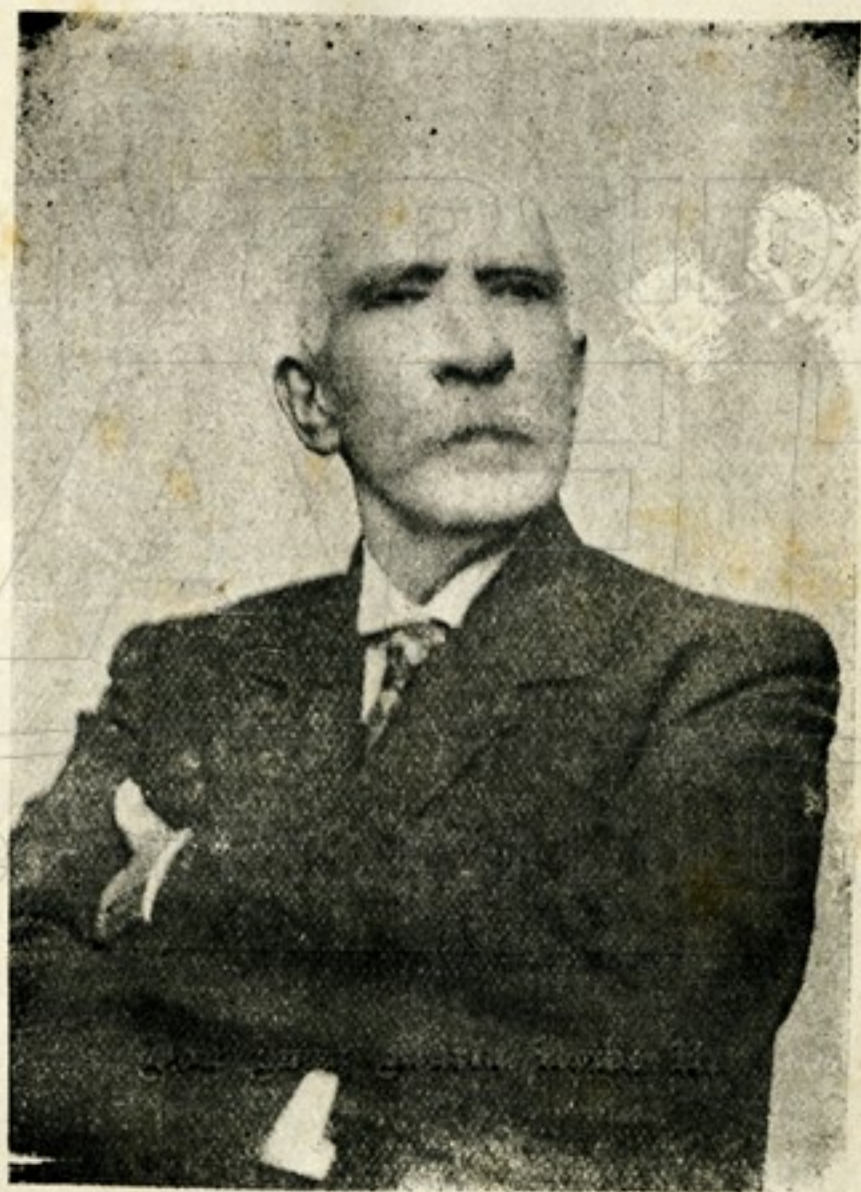
Amiguita mía desconocida y muy respetada :

Aunque viejo célibe, escaso de ciencia y de autoridad, tu gran papá y mi amigo el Dr. Daniel Rueda, ha tenido la fantasía de exigirme estas cartas de consejos para tí, las que te suplico acojas y atiendas con toda la bondad de tu alma.

Viajé un poco en mi juventud, observé y estudié. Me he rosado en diferentes países con todas las clases sociales, excepción sea hecha de las aristocráticas de las monarquías de Europa. Este conocimiento del mundo y de los hombres, la experiencia que dan los años, mis lecturas y mi anhelo por servirte, sean los títulos y recomendaciones, aparte de las de tu padre, para ésta mi, en cierto modo, extraña auto-presentación.

Para cumplir en conciencia, ya que no brillantemente, la delicada y difícil misión de consejero tuyo, que con gusto me he impuesto, he consultado autores que tratan de la materia : al doctor Mariano Ospina Rodríguez, al doctor Mallarino, a Vergara y Vergara, a la Condesa de Pardo Bazán, a la Marquese María de Plattis, Marcel Prévos advirtiéndote sin jactancia que cuanto de ellos he tomado, va puesto entre comillas, porque no gusto de engalanarme con ajenas ropas.





Don Juan María Uribe A.

UNIVERSIDAD  
EAFIT®

Sala de Patrimonio Documental



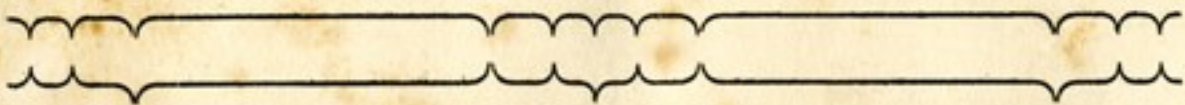
Señarita María Rueda G.

UNIVERSIDAD

EAAFIT



Sala de Patrimonio Documental



## Carta Primera.

Te inicias en tu vida de mujer a tiempo que la humanidad se debate en las convulsiones, los paroxismos y los horrores de una guerra mundial, la más encarnizada, bárbara y sangrienta que hayan contemplado los siglos; conflagración que conmueve, trastorna y cambiará, de *fon en comble*, los falsos fundamentos de lo que llamaban ley de las naciones, equilibrio europeo, tratados públicos, moral universal, etc.

El género hombre ha comprobado su incompetencia para regir él solo, sin la concurrencia de la mujer, el gobierno de las naciones y los destinos de la humanidad.

La mujer no se resignará en lo futuro al mero papel pasivo que el hombre le ha asignado. No querrá ser en adelante más o menos esclava del sexo fuerte; no se sujetará a criar hijos para las guerras, que ella no ha provocado: curarlos, enterrarlos y llorarlos; sufrir orfandades y viudeces, ultrajes de los enemigos, hambres, miserias y desolación.

No, no! De los escombros, de las ruinas materiales, morales y sociales que dejará la guerra, surgirá un mundo nuevo: una revolución,—ojalá incruenta, pero radical y profunda,—tendrá lugar en las instituciones, leyes y costumbres de las naciones. La mujer reivindicará todos sus derechos naturales, políticos y sociales, al igual que los hombres.....Su acceso a las magistraturas, empleos, profesiones y oficios compatibles con su sexo.

Son ellas las dos terceras, y pronto serán las tres cuartas partes de la humanidad, y en los países adelantados, donde hayan recibido educación adecuada y buen ejemplo del hombre, ejercerán el derecho del sufragio y darán la ley en los micios.

Eso está de Dios y en la Naturaleza ; tiene su asiento en la justicia y en la lógica de los acontecimientos que se cumplen.

Ni hay razones justificativas para alarmarse ni temblar. Sin faltar inteligencia a las mujeres, en algunas más clara y sutil que la de los hombres, tienen mejor corazón, mejores costumbres, mayores energías y más audacia para el bien.

La historia contradice espléndida y victoriosamente la incapacidad de las mujeres para ejercer funciones públicas, y aun el gobierno de las naciones. Me sacarán verdadero, una Isabel la Católica, María Teresa de Austria, María de Nápoles, Catalina de Rusia, Cristina de Suecia, y, más recientemente, Victoria, última reina de la Gran Bretaña y de la India, quien gobernó a maravilla, durante 60 años, el más grande y poderoso imperio del mundo. Y por último, esa encantadora Guillermina, actual reina de Holanda y de los Países Bajos, querida y respetada de toda Europa, *mujer noble y valerosa* que, desafiando las cóleras del Kaiser brindó-regia hospitalidad al desterrado Krüger, y hoy mismo, para asegurar la neutralidad de su país en la guerra, mantiene a raya los impulsos teutónicos de ese coracero de Meckemburgo que tomó por esposo.

Pero alegan los enemigos del feminismo, que los méritos de esas soberanas son *gracia especial* que Dios les ha concedido *por razón de estado*, y de la cual están excluidas las demás mujeres. ¡ Sacrilegos ! ¡ Blasfemos ! que calumniáis la justicia de Dios, ante quien son iguales las almas, y a Cristo, que predicó la misma igualdad para toda la humana especie !

Cierro la presente carta, aconsejándote, María, que te prepares a recibir la investidura de la mujer moderna ; a asumir tu personalidad en el medio que habitas ; a ser dueña de tus destinos ; a no ser más, como la generalidad de tu sexo, cifra sin valor en el guarismo de la familia.

---

## Carta Segunda.

“ La humanidad no camina hacia el progreso sino a través de charcas de sangre”, ha dicho un gran historiador ; y de las inmensas que hoy se desbordan y de los signos del tiempo, puede predecirse la gran transformación que, para el bien común de la especie humana, se cumplirá al terminar la presente guerra.

El pasado era absurdo e insostenible; el presente es horroroso, pero el porvenir se muestra cargado de promesas y esperanzas para los que amamos la democracia, la libertad en el orden y el orden en la libertad.

El que tenga ojos vea y el que tenga oídos oiga:

El siglo XX está destinado a presenciar desde sus albores el derrumbamiento de los tronos y el advenimiento de la República Universal; el predominio de las masas populares, y de la mujer, por obra del socialismo y del feminismo coaligados. Una religión, una lengua, una legislación universal, y para coronar la obra, un Concejo de Anfitriones, permanentemente reunido en París, erigida en capital del mundo, para conocer y decidir en todos los asuntos internacionales y asegurar la eterna paz de las naciones.

¡Hosanna! exclamarán todos los pueblos de la tierra, al cumplimiento de dichas promesas.

Y tú, María, benévola y piadosa, compadece de todo corazón a éste tu octogenario Maestro y amigo, cuya avanzada edad le privará de contemplar la realización de sus queridos ideales, muriendo, como Moisés, a tiempo que contemplaba en lontananza los contornos de la tierra prometida. (1)

Por desgracia, la mayor parte de estos progresos se realizarán tardíamente en Colombia, por nuestro alejamiento de los centros civilizados, en este ignorado rincón del mundo; por las leyes atávicas de la raza de nuestra sangre indohispano—morisco—africana, indolente y perezosa; por los resabios que todavía nos quedan de la educación colonial española, a que se aferran la Iglesia y la ortodoxia de los partidos dominantes; por la ignorancia supina de la masa popular, en un 70% analfabeta, y más que todo, por el miedo cerval a toda innovación, que hiela el alma de los usufructuarios del poder, temerosos de perderlo.

Quiere esto decir que no debe aguardarse a que nos caiga el maná del Cielo; a que el espíritu de Dios sople sobre nuestros parlamentos para que se reformen *graciosamente* Constitución y leyes en el sentido de otorgar a la mujer sus derechos ciudadanos, así como se la obliga al pago de contribuciones y a otros servicios públicos para que, mientras se la concede la libertad de elegir, (para lo cual necesita en Colombia, más que de instrucción *del buen ejemplo del hombre*) se

---

(1) Este párrafo revela, de manera sorprendente, la rara intuición que de su próxima muerte, tenía el venerable anciano autor de estas cartas, pues apenas terminada la última fue sorprendido por la fatal enfermedad que lo llevó al sepulcro. (N. del E.)

la otorgue siquiera el de ser elegida, como a las americanas, en la persona de Jeanette Rankin, congresista, hoy, en los E. U. U. de América.

Es preciso luchar; luchar contra todos los elementos retardatarios del progreso en el país; luchar a brazo partido, pero con la seguridad del triunfo. Tenemos muchos y poderosos aliados: en el Cielo, a Dios, padre de la Justicia; al Tiempo, que nos empuja fatalmente hacia adelante por el camino de la perfección indefinida de la especie; a la lógica de los acontecimientos y de la Historia, cuyas leyes se cumplen inexorablemente; al espíritu del siglo, que preside esta gestación universal, dolorosa pero fecunda en bienes; a los agentes y fuerzas naturales: la electricidad, el vapor y, después, a la locomotora y al riel; y, en otros órdenes, al comercio, a la industria, al tráfico, al inmigrante, al libro, al periódico, y a la conferenciante; y, sobre todos ellos, al espíritu de asociación promovido por la iniciativa de hombres y mujeres, prudente pero valerosa, enérgica y tenaz, para cambiar las costumbres sobre las cuales tendrán que basarse las leyes del porvenir.

Prepararse para esa obra es lo que te he aconsejado, querida niña, porque has de ser mujer de tu siglo, mujer moderna. Cómo no has de atreverte a ello, siendo de raza procera y oriunda de ese abnegado pueblo de Santander, cuna afortunada de héroes y heroínas como Antonia Santos y Mercedes Abrego, de inmortal memoria!

Palmira, junio 20 de 1917.

## Carta Tercera.

Después de la pequeña excursión que he hecho por países extranjeros, vuelvo a tí, María, a ocuparme con más celo y formalidad en los asuntos que directamente te atañen y que son motivo de éstas mis mal pergeñadas misivas, a tí consagradas.

Prepárate, por medio de instrucción y educación adecuadas, para llenar cumplidamente tu misión en el mundo. Aquéllas, perdona, han debido de ser deficientes en tí, por las malas escuelas y colegios del país y por esa conformidad cruel y funesta fundada en que vosotras las mujeres no habréis de ser otra *cosa* que esposas mal preparadas o solteronas estériles,

neurópatas, histéricas y por tanto inútiles para los fines a que Dios os destinó desde el paraíso, altamente necesarios a la humanidad.

Si la íntima unión de los sexos está en la naturaleza y se compadece con la Ley de Dios; si de ella depende el acrecentamiento, la moralidad y el progreso de la especie humana; el Gobierno, la Iglesia y la sociedad deben de consuno favorecerla, despojando contrato civil, sacramento y exigencias sociales de ese cúmulo de dificultades, formalismos y solemnidades, con las cuales intimidan y amedrentan a cuantos, sin ellos, pudieran casarse.

Desde el día en que un hombre y una mujer comprueben ante Notario, Juez o Sacerdote, que son libres y desean ser unidos en matrimonio, deben quedar casados *ipso facto*, y se habrá dado así un gran paso en servicio de la patria, de la moralidad y de las buenas costumbres, aumentándose los matrimonios en un 100 % más de los que actualmente se verifican. "Allí donde hay dos corazones que se aman, exclamó Sain-Just en la Asamblea Francesa, existe un matrimonio."

La fuerza más poderosa para demoler viejos baluartes, en que todavía se asilan y se defienden antiguas tradiciones, añejas leyes y costumbres, es el espíritu de asociación. Es con su ayuda con lo que triunfará el modernismo desde los albores del siglo XX.

Organícense las mujeres colombianas en una gran comunidad humanitaria, con su centro directivo en la capital de la República y con dependencias o sucursales en todos los departamentos, provincias y ciudades. En la propia tuya, María, empíeza a congregarte con las de tu clase y posición para implantar reformas de costumbres y enfrentarse a las críticas y oposiciones de los retardatarios, amigos de *statuquo* tradicional, que morirán aplastados por el tren del progreso o se quedarán clavados, como postes de legua, para indicar que por allí se anduvo en los tiempos de *Maricastaña* y del rey Lear. Cuando en vez de una, por ejemplo, salgan seis u ocho señoritas, de la *crème* de Bucaramanga, en bicicletas y con falda-pantalón, harán los rezagados grandes aspavientos, pero en seguida quedarán conformes y con la boca abierta, pero muda. *En avant* ¡Adelante! debe ser vuestra consigna y grito de guerra. *Audaces fortuna juvant.*

Andaréis por un camino lleno de flores y acariciadas por brisas suaves y perfumadas. ¿Qué os importa entonces el chillido del buho en las viejas alamedas y el de las lechuzas en la ojivas de las antiguas torres?

Combatientes en ruda y pacífica campaña contra un pasado abominable, vuestra bandera llevará todos los colores

del iris, símbolo de la paz del mundo y de la unión del hombre con la Divinidad. Que vuestro escudo ostente el gorro frigio de la libertad con este *motto*: *Sub libertas lege*.

Un poco menos de pueril candor, pudibundez y gazmoñería. Un poco más de interés por sí propias, un poco más de espíritu de iniciativa y de energía. Romper con viejos hábitos y preocupaciones que privan a la mujer de su personalidad en el mundo y de todos sus derechos. Ellas, no ya la bella mitad, sino la mayor parte de la especie humana. Ellas, la sal de la tierra, como las llamó el apóstol. Ellas... por qué no aceptar entusiastas mis consejos y seguirlos?

Tu buen padre, María, si bien erró en la escogencia, asegúrote que tuvo la feliz intuición de que necesitabas un maestro modernista que te iniciara en cuanto dejó expuesto y te diera, como voy a hacerlo, lecciones y consejos para tu vida práctica. Ese será el tema de mis cartas posteriores.

Palmira, julio 2 de 1917.

## Carta Cuarta.

Tienes 16 años cumplidos. Estás, por tanto, en ese dintel delicado y misterioso de tu vida de mujer; en ese tránsito de la pubertad—ligera e inconsciente—a la juventud, curiosa e irreflexiva, que te abre nuevos campos, nuevas sendas, floridas y perfumadas las unas, pero con esas rosas llenas de espinas en que se esconde el áspid; ásperas, rudas y trabajosas las otras, pero que conducen al templo de la Sabiduría, a los altares del deber cumplido y de la verdadera felicidad.

Abre tu espíritu y tu corazón a Dios, a todo lo bueno, lo verdadero, lo bello, lo justo, y apártate de lo malo en todas sus manifestaciones. Ni de consejero espiritual necesitas acaso, para conocer el mal, puesto que Aquel te ha dado un Director y Juez infalible en tu conciencia.

Religiosa y creyente, pero no beata. Quiero decirte que debes seguir la religión de tu país, la de tus padres, y cumplir con los deberes más estrictos de la Iglesia. Ora mentalmente en tu aposento, más bien que rezar, inconsciente y distraída, frases y oraciones hechas. Recógete a la vez dentro de tí misma con frecuencia, y reflexiona acerca de la misión que te ha de tocar en el mundo y de las obligaciones del día. Un espíritu fuerte, despreocupado y arrastrando faldas es de lo más ridículo y abominable.

"No des entrada a la primera falta, pero si en ella incurres no la ocultes a la persona de quien dependas, y confíesela a Dios, porque Éste no perdona lo que ha visto, sino lo que se le cuenta."

Ama la naturaleza: el Cielo, las montañas, el campo, las aguas, las flores, los niños y los animales. Quien todo eso no ama, de seguro es un mal corazón.

Instrúyete suficientemente para que también ames las artes.

Cuida más de tu espíritu que de tu cuerpo, y de tu cuerpo más que de tu vestido.

Vive siempre ocupada. Las tareas y labores de la casa, la música, el dibujo, la pintura, la lectura, el cuidado de tu huerta y de tus flores te darán campo para distraer tu imaginación, para librarte del trato vulgar y de las frivolidades de la conversación con amigas ineducadas.

"Si tienes talento, guárdalo; si no lo tienes, guárdate; y has de usar de tu sabiduría como de tu reloj: no sacarlo sino cuando lo necesites, jamás para mostrar que tienes uno."

Trata de tener aparte y como cosas íntimas tu escritorio y tus libros. Es extraño que de niñas se procuren las mujeres por lo menos un cajón especial para sus muñecas, y de jóvenes no tengan una mesa para su escritorio y un armario para sus libros.

Asume tu personalidad, mujer moderna, aun siendo hija de familia. No seas en tu casa un número, como en el cuartel o el hospital. No seas la primogénita o cuartogénita hija de don Fulano, sino la señorita Tal, que tiene su carácter propio, sus ideas, su manera de ser particular, su cuarto propio para retirarse, para vestirse, para pensar u orar, para leer, escribir, etc. Esa comunidad, y aun promiscuidad, como de gitanos, en que viven algunas familias, hasta acomodadas, es intolerable.

Si la mujer vale la obra maestra de la creación, la bella mitad, la sal de la tierra; si la tristeza es rasgo característico de pueblos degenerados, cómo no comprenden nuestras mujeres que deben ser joviales, dulces, suaves, amables, y comunicativas para desempeñar cumplidamente su misión en el mundo? Ser la luz, la alegría, la sonrisa del hogar y el encanto de la sociedad en que viven. Si bella, duplica y centuplica sus encantos y atractivos; y si lo contrario, hace olvidar, por lo menos, la justicia que la negó el destino. Una mujer adusta, fiera, irascible, es un ente abominable; más decimos: es un verdadero monstruo de la Naturaleza.

Grima da y vergüenza que nuestra infeliz Colombia sea en Instrucción Pública el país más atrasado de la América. De las escuelas públicas del pequeño Uruguay podría traerse maestros y maestras que dieran clases a nuestros Rectores de Colegios, de Universidades, y aun a nuestros Ministros de Instrucción Pública.

A piedra y lodo están tapiados, entre nosotros, los establecimientos de Instrucción Pública, para que en sus antros no penetre la luz de la verdad, de la ciencia y de la filosofía. Necesitan los ultramontanos apoderarse de la juventud, que es el porvenir; matar en su espíritu toda idea de progreso, y en su corazón el amor a la Patria.

De nuestras Universidades y Colegios no sale un joven con conocimientos suficientes para el *struggle for life*, para ganarse la vida fuera de las oficinas públicas y de los empleos de favor oficial. Los mejores son "eruditos a la violeta," que por saber de muchas cosas no saben de ninguna. Quiérese una prueba objetiva de ello? Que salga el más distinguido de la banda; una de esas lumbreras que nos han ofuscado la vista con los resplandores de su sabiduría y de su ingenio en esas farsas que llamamos certámenes. Montémosle en el hipogrifo de Astolfo, y, sin otros viáticos que su talento y su sabiduría, descarguémoslo blandamente en una calle de New York, por ejemplo, donde hay trabajo para todo mundo. y que se gane allí la vida. Infeliz lumbrera colombiana, que no sabe más idioma que el de su madre, en un país donde hasta el saludo *How do you do?*, parece significar, qué sabe usted hacer! Ensayará, por señas, buscar trabajo para ganarse el pan cotidiano, y, si no tiene la salud y el vigor de ganarlo como peón o bracero, perecerá de inanición en las calles, si no le ampara la beneficencia pública o la caridad particular.

Y vosotras, núbiles mujeres de mi país, que salís de vuestros semi-conventos con el alma llena de ilusiones fantásticas, de sueños dorados de amor y anhelos de felicidad: ¿qué os enseñaron esas benditas madres y hermanas, si ellas propias no saben de la vida, para desafiar las borrascas, las tempestades del mundo, y defender vuestra inocencia y vuestra virtud de las asechanzas de los hombres, que ni siquiera habéis tratado; para ser amas de una casa de familia y fundar cada una su hogar con el hombre que ganó su corazón?

Qué modo ese, estúpido y salvaje, de sacaros al campo, a empeñar batalla con un enemigo poderoso, de quien no sabéis el número, su calidad, su táctica, su estrategia, emboscadas, etc.!

Qué sabéis vosotras del amor, potencia universal, creadora y conservadora, que rige los espacios, al planeta, a la

planta y al gusano, y, particularmente, de esa otra ley, también universal, el atractivo de los sexos entre sí, que multiplica la especie humana, y es fuente de la dicha o perdición del hombre o la mujer?

Vosotras, niñas inocentes, incultas e inexpertas, no sabéis acaso de otro amor que el de los brutos, el de las historias que habéis leído, él de Agar, por ejemplo, arrojada al desierto por la mujer de Abraham, celosa por haber tenido un hijo de su esposo, y del que os imagináis debió de obrar en los padres que os dieron el ser.

Dejemos, empero, el amor para carta aparte, y sigamos con la instrucción.

Ingéniate por adquirir una cultura general de tu espíritu, ya que una sólida, particular y profunda, te es imposible. Procúrate un maestro, ojalá sabio y pedagogo a la vez, que te dé lecciones a domicilio, y que estas abarquen, siquiera sea en compendio, las nociones más necesarias. Completa en seguida tú misma esa instrucción con la lectura de obras útiles y agradables. Me atrevo a indicarte para tu pequeña biblioteca: *Varones Ilustres y Viajes de Plutarco*; los *Anales y Las Historias*, de Tácito; obras de Fenelón, de Chateaubriand, de Lamartine, de Julio Sandeau; cartas de Mme. de Sevigné, de Genlis, viajes de Edmundo de Amicis, de Gómez Carrillo, de Pérez Triana, *Peregrinaciones de Alpha*, novelas de Julio Verne, de autores colombianos, etc. Aconséjote, por último, que aprendas francés y alguna otra lengua extranjera.

La instrucción es lo único que nos distingue de los brutos. Es una segunda naturaleza, que nos perfecciona y nos acerca a Dios. La instrucción es el pan del alma, como el otro es del cuerpo. Que se instruyan las mujeres por el libro, ya que no pudieron hacerlo en las escuelas y colegios. Es un contrasentido, una antítesis, que los hombres tengan más libros y lean más que las mujeres. Estas tienen más tiempo, y necesitan más saber emplearlo. Lean mucho las mujeres, aun cuando sea por mera distracción; los hombres tienen a todas horas, para sí, la calle, el parque, el campo, el casino, el club, el mundo entero. Desquítense la mujer con los libros; sean éstos su mejor compañía. Los buenos autores son amigos fieles, ilustrados, discretos que las divertirán instruyéndolas. Es una cosa triste, y que ocurre con frecuencia, entrar en una casa de las llamadas decentes, preguntar por un libro, por un periódico, por tintero y pluma, y nada de eso hallar.

No leas nunca novelas por sólo la trama y el desenlace; fíjate en el plan de la obra, en el estilo, en las buenas frases y en las buenas palabras, para corregir y aumentar tu léxico, es decir, tu acopio de palabras, para expresarte bien y sin

afectación. Y sin afectación repito, porque no hay nada más insoportable que una bachillera.

El cuidado que pongas al leer novelas, versos, cuentos y relaciones de viajes, te servirá de tema de conversación con personas cultas e instruídas; así también, habrás de comprender y retener en tu memoria las representaciones teatrales. Levendo con cuidado aprenderás también Gramática, particularmente Ortografía.

Líbrese la mujer, en fin, de ser como muñeca de vitrina, tan sólo propia para colgar de ella trajes.

Palmira, julio 15 de 1917.

---

## Carta Quinta.

El tiempo, señorita, es tesoro inapreciable, del cual debes usar con la mayor circunspección y acierto. El mayor de los imbéciles fue quien inventó la bien española frase de "matar el tiempo," cuando es el tiempo quien nos mata. Y bien sesuda es la inglesa de "time is money," puesto que empleándolo bien se gana dinero. Distribúyelo bien, y no te faltará para ninguna cosa. Dicen que el hombre más activo y laborioso de Colombia fué el General Uribe Uribe y a éste no le faltó jamás el tiempo para sus funciones de hombre de estado, para sus visitas obligadas, para bañarse diariamente, para pasear como ejercicio higiénico y para dormir. Todo ello, cuestión de método y de sistema.

No duermas demasiado. Hay a este respecto un dístico latino: *Vix pigris septem. Nemine concedemus acto.* (Siete para los perezosos. Ocho para ninguno.) Y esta estrofa inglesa:

Early to bed,  
Early to rise,  
Makes a man  
Healthy, wealthy and wise.

Esto es: Temprano a la cama, temprano levantarse, hacen al hombre sano, rico y sabio.

Tú, joven y sana, acuéstate a las 10 de la noche, y levántate con la aurora y su frescura; con los pajaritos del Cielo, que cantan a Dios y a la Naturaleza. Un ratito de recogimiento y de piadosa oración en tu aposento; un programa

para tus ocupaciones del día, una manita de tocador y a desayunarse.

Viste elegante, pero sencillamente, y úsa de telas compatibles con tu fortuna. La pobre que gasta lujo provoca que pregunten: Quién estará dándoselo?

Ni sigas la moda con todas sus exageraciones, extravagancias y caprichos, sino prudentemente, y adaptándola a tu persona, fortuna y posición. El buen corte, el buen gusto, los colores apropiados y el saber llevarlo suplen en el traje a la riqueza de la tela y de los adornos.

Mata en tu corazón los celos y la envidia, queriendo aparecer tanto o más galana que las ricas o las pobres lujosas. Rivalízalas con tu propia sencillez y buen gusto, con tu porte distinguido, tu educación y fino trato, tus modales y la jovialidad de tu carácter. Ese es el *record* que debes alcanzar. En general no hay derecho en nadie para gastar lujo en un país tan pobre como el nuestro.

Grima da imponerse en las estadísticas extranjeras de que esta paupérrima Colombia consume más cigarrillos de La Habana que ninguna otra nación del mundo. Grima, observar que los hombres pobres vistan al igual o mejor que los ricos. Grima, tristeza y compasión, mirar a nuestras mujeres de todas las clases sociales, hasta campesinas y sirvientas, rompiendo en nuestras malas calles, sin baldosas ni buenas aceras, calzado extranjero fino, que *por allá* no se usa sino en los bailes, en el teatro, para andar en coche o en los salones de recibo.

Cuanto a mí, yo me río y compadezco de todo corazón a nuestras bellas, como acróbatas, haciendo equilibrios en nuestros empedrados, montadas como en zancos, sobre los menudos taconcitos cabeza de clavo, y colocados, no bajo los talones, como sería natural, sino hacia la mitad de la planta. Estrafalaria moda, permítaseme agregar, que las hace perder la flexibilidad y la gracia de su andar, de ese andar undoso, inimitable, propio de las andaluzas, de quienes casi todas proceden.

Y con permiso tuyo, María, te robo un pequeño espacio de esta carta, para dirigirme a mis queridos congéneres del sexo feo, rogándoles también que inicien una reforma en su ridícula indumentaria, con la cual estamos usurpando los atavíos, adornos y abalorios de las mujeres. Seamos más varoniles, hombres del siglo XX, y de países tan pobres como el nuestro! Abajo cuellos y botones postizos, chalecos, corbatas, y prendedores!

Una camisa de pechera cerrada, atada al cuello con un botón; un pañuelito de reserva, para no quemarse con el sol,

y, "pas plus." Un Napoleón, un Newton, un Edison, un hombre serio y de negocios, perifollándose analíticamente ante un espejo, como la Pompadour, Ninon de Lenclos y Sarah Bernard, por lo ridículo y absurdo es inconcebible. Abajo también el sombrero de copa o *cubilete*, antiestético, incómodo, inútil y feroz! Apenas fuera tolerable conservar esa moda para casos de gran ceremonial.

Palmira, julio 30 de 1917.

---

## Carta Sexta.

Aconséjote no tener amigas, si es posible; y de tenerlas, que sean pocas, escogidas y ninguna íntima; y entre tus amigos, prefiere a los más viejos entre los de tu padre, a tus parientes serios y a los buenos autores.

Tus visitantes, previamente presentados por persona respetable y amiga, deben ser recibidos en tu estrado. Las presentaciones ocasionales no te obligarán más que a una cortesía en vía de saludo.

Anda en la calle como en el asunto que te hizo salir, sin mirar al interior de casas, almacenes u oficinas. Una inclinación de cabeza o cortesía te basta para saludar a los amigos y pagar atenciones a los extraños. Si gente sin cultura ocupa la acera que transitas, desapercibida pásate a la contraria, impidiendo que se molesten para cedértela.

Tu alcoba debe ser vedada a los extraños, y aun a tus amigas. Es por extremo vulgar recibir en ella. También deben ser vedadas tus cómodas, tus ropas y tus enseres de tocador.

Nunca uses de familiaridades con las mujeres, menos con los hombres, y mucho menos con las criadas. Algunas de éstas suelen ser los peores enemigos de la casa.

Absténte de la costumbre vulgar, muy general entre nuestras damas, de aproximar demasiado sus asientos, estrechándose entre sí, tomarse de las manos y acariciarse en el salón de recibo, aun delante de los hombres. Ni siquiera apoyarse en el espaldar del asiento del vecino la debe ser permitido.

No provoques ni sigas conversación con extraños, sobre asuntos íntimos de tu casa, y cuida mucho que de ello no se impongan tampoco las sirvientas.

✓ "Sólo dos cosas no salen ilesas de un baile: el pudor del

alma y los encajes del vestido." Hay exageración en el bien intencionado concepto de Vergara y Vergara. Aunque el baile procede seguramente de pueblos salvajes, y entre gentes incultas y depravadas ocasione faltas vituperables, él es ya parte indispensable de la buena educación de la mujer. Apriéndete a bailar bien, como ejercicio físico, inocente e higiénico; para desarrollar y dar flexibilidad a tus músculos; para imprimir desenvoltura y gracia a tus movimientos y actitudes, y también para divertirte, porque "todo no ha de ser rigor." Guárdate sin embargo, de permitir a tu pareja,—que suele haberlas malas aun en la buena sociedad,—acariciar entre las tuyas tus manos, y oprimirte contra su persona, para procurarse contacto con la tuya. Son esos actos atrevidos de algunos bailadores, de que tu natural pudor y tu virtud deben resentirse. En tan desagradable caso, dí al punto a tu pareja: "Perdone usted, señor; me siento fatigada; lléveme usted a mi asiento;" Y déja de bailar con tal hombre.

Adviértote igualmente, que si no te consideras pareja apetecida, no vayas nunca a baile. No seas tampoco de las primeras en llegar a la casa del baile, ni de las últimas en despedirte; y cuida de no permanecer hasta que te sorprenda el día, lo cual fuera de inconveniente y de vulgar, podría exhibirte pálida, ojerosa, ajados tus vestidos, etc. No debe abusarse tampoco de los placeres, si se quiere conservar sus atractivos.

No bailes nunca todas las piezas, para evitar la lasitud y el cansancio. También porque "vale más ser buscada que sobrada." Yo, de mujer, no bailarí más de cuatro o cinco piezas, y por contenta que estuviera me retiraría. Quien bien me amara me seguiría a mi casa.

Es indecoroso bailar muchas piezas seguidas con la misma pareja.

Hora de retirarte del baile será también aquella en que notes que los hombres comienzan o exaltarse con los humos del licor. Escápate entonces sin ser notada, para librarte de inútiles instancias.

El espectáculo halagüeño y encantador de un baile de sociedad. La iluminación "a giorno" del recinto. La profusión de flores y perfumes. El lujo de muebles y tapicerías. Y, sobre todo, el atractivo deslumbrante y conmovedor de las mujeres, como diosas, envueltas entre nubes de encajes y de gasas. Demás de eso, la música, y los humillos del vino, conmueven, exaltan y trastornan de modo tal cerebro, corazón y fibras delicadas del hombre, que el más discreto y frío de entre ellos desgrana al oído de su pareja adoraciones, madrigales y declaraciones de amor, que una mujer inteligente

y avisada como tú, habrá de recibir con desconfiada reserva. Dá las gracias, con inofensiva indiferencia, si el hombre no te interesa. Si al contrario, dile con bondad que sus palabras, por ser dichas en baile, se las agradeces, como una musiquita, fugaz y pasajera; que de modo serio las escucharías, si va a repetírtelas a tu casa.

Palmira, agosto 5 de 1917.

---

## Carta.....

U Ya me parece sentir que te aproximas tras de mí, y por sobre mis hombros asomas tu carita, con gesto malicioso de curiosidad, como para ver si ya te escribo sobre el amor.

Sí, luego al punto; espéra, mas para ello necesito de una pequeña ficción, que me imponen la delicadeza y mi respeto por tí. No quiero personalizarte en lo que sigue.

\* \* \*

La señorita Esther, alumna de un colegio de Ursulinas, vio entrar en el locutorio un caballero, que le pareció simpático; picola la curiosidad y quiso verle de cerca, pasando, como inadvertida, frente a la puerta del estrado.

—Señorita—llamó el caballero, poniéndose el gentilmente de pie, sombrero en mano y bastoncito bajo el brazo—tenga usted la fineza de decir a mi hermanita Inés que aquí la aguardo, y perdone usted.

—Con gusto, caballero—replicó ella, ruborizándose y temblando, por que la figura del mancebo, su porte y su elegancia, su mirada penetrante y acariciadora y el timbre dulce y armonioso de su voz la habían traspasado el corazón. Tanto fué así que, notada por Inés su turbación, preguntóla:

—Qué te pasa, niña?

Esta no acertó a decir otra cosa que:

—Tu hermano.... Tu hermano que te llama al locutorio.

—Ya te flechó, pobrecita. Tienes razón; Víctor es encantador.

—Yo no te he dicho eso, Inés!

—Ni necesitas, eso es ve. Voy a decírselo a él.

—Por Dios, Inés!

—Si yo también te quiero, ángel mío. Tu serías con mi hermano una pareja de todo mi gusto.

—Regresó Inés, y todavía estaba Esther recostada en un sofá, aguardando la vuelta de la amiga.

—Albricias, querida! El otro está como tú. Aquí te manda. Y la entregó una tarjeta que así decía: "Víctor Mahé saluda con respeto a la señorita Esther Hazi, y la suplica procurarle una entrevista en el locutorio, acompañada de su hermana Inés, cuando tenga oportunidad."

De las temblorosas manos de Esther cayó al suelo la tarjeta, que Inés la devolvió riéndose, abrazándola y diciéndola:

—Oh Esther! Cuándo tendré yo la dicha de llamarte mi hermana!

—Cuando Dios quiera—contestó resueltamente la otra.

—Yo tengo ya 17 años. Tú, los mismos. Hagamos que nos saquen de esta pensión.

—Tocan a clase, vamos—insinuó Inés.

—Yo no voy. Excúsame allá. Dí que estoy indispuesta. Voy a acostarme.

Y se fué al dormitorio, y atrancó la puerta, aunque ello estaba prohibido. Se acostó vestida; pero qué dormir! Ni siquiera pudo estarse quieta. Se levantaba a cada instante; se paseaba, nerviosa y agitada, torciéndose las manos; Una sutil llama discurría suavemente por sus venas. Lloraba y se reía a la vez, pero de felicidad. Porque en tal estado el alma crece, se desarrolla, como una flor que se abre, para recibir los rayos del sol vivificante y los besos del céfiro juguetón.

Los invisibles átomos del aire

En derredor palpitan y se inflaman;

El cielo se deshace en rayos de oro;

La tierra se estremece alborozada.

Oigo flotando en olas de armonía

Rumor de besos y batir de alas;

Mis párpados se cierran. Qué sucede?

Es el amor que pasa!.....

(Bécquer).

La noche fue terrible para Esther. No pudo conciliar el sueño, sino por breves instantes. Había puesto sobre la almohada la tarjeta de Víctor, y a todo momento la besaba y ponía sobre su pecho. Alentaba apenas y se esforzaba en difrazar de ayes los suspiros, para engañar a sus camaradas. En ninguna posición hallaba reposo ni quietud.

Simigliante quella enferma

Che non puo trovar possa in su le piume,

Ma che con dar voltá

Suo dolore scherma.

Los días pasaban con regularidad. La Superiora se negó a que Esther acompañase a Inés en el locutorio, cuando por rareza concedía la entrada a Víctor. A éste no le quedaba otro recurso que escribir cartas a Esther llenas de endechas, madrigales, y protestas de amor del tipo de los enamorados vulgares, y mandarla malos libros entre las ropas de Inés.

Urdió Víctor alguna vez una estratagema para hablar con Esther en privado. Se disfrazó hábilmente de médico o curandero judío, con mostachos canos, narices falsas, anteojos, y se presentó a la Superiora con una tarjeta comercial de Abem Hazi, padre de Esther, en que suplicaba la admisión del doctor Jacobi para recetar a su hija.

Cayó en sus redes la Directora, y mandó a Esther al locutorio, acompañada de una anciana. Por el momento no reconoció la joven al presunto médico, pero desde que percibió el acento de su voz, se turbó visiblemente.

El Doctor Jacobi, con una calma asoluta, sacó de su bolsillo un periódico con ilustraciones, lo entregó a la anciana y le indicó una esquina opuesta del salón, para que leyera, mientras él examinaba a Esther.

Volvió Víctor las espaldas a la anciana, y, quitándose los anteojos, tomando y desnudando el blanco y torneado brazo de Esther, como para pulsarla, y le dijo al oído:

—Calma, señorita, yo soy Víctor, y me he valido de esta astucia para declararle verdaderamente mi amor y preguntarle si está resuelta usted a hacer toda clase de esfuerzos y de sacrificios, en reserva hasta de Inés, para alcanzar el logro de nuestras aspiraciones. A lo cual replicó conmovida Esther:

—Obedeceré cuanto usted ordene, señor Víctor, compatible con mi deber.

—Nuestro deber está en buscar nuestra felicidad.

—La felicidad no está en este mundo, señor.

—Qué sabe usted, niña, ni nadie, de que hay otro mundo? Pero, no es este el tiempo oportuno para filosofar. Y, hablando recio, dijo:

—Permítame usted examinar su pecho y auscultar el corazón.

Y, apretó con su mano izquierda una mano de Esther, con insistencia y avidez tales que alarmaron el pudor y la ingénita virtud de la joven, quien desprendiéndose fuertemente del atrevido pseudo-médico, púsose en pie, y exclamó enojada:

—Y bien, doctor, qué receta usted? porque me retiro!

En ese instante entraba la Superiora, y Víctor dijo en alta voz y con afectación:

—Señorita: su mal es una pequeña afección cardíaca que, bien atendida aliviará muy pronto. Voy a enviar a usted inmediatamente un cordial, del que se tomará usted dos cucharadas a mañana y tarde. Mucha quietud; librarse de emociones fuertes; alimentación nutritiva; baños diarios, y cuanto ejercicio pueda al aire libre, en algún parque o, si quiera sea, en la arboleda del Establecimiento. Poco estudio; mucha música; lecturas agradables y entretenimientos. Adiós, señorita, le dijo sin tocarla —Adiós, señoras— y salió.

Esther obtuvo permiso de la Superiora para irse a la arboleda, siquiera por media hora. Se sentía profundamente contrariada, presa de una desilusión, de un desengaño extraordinarios. Se sentó en un banco del parque, y, con juicio y madurez, precoces en su corta edad, se puso a reflexionar.

—Ese hombre no es mi ideal. Sean cuales fueren sus atractivos físicos, ese mozo es un atrevido, que ni me respeta ni me estima. No soy seguramente para él otra cosa que una hembra apetecida y una rica heredera.

En seguida palideció. Puso las bellas manos sobre las rodillas y quedóse como en éxtasis o fúvida oración. Instantes después, púsose en pie, musitando estas palabras:

—Estoy resuelta a luchar, a luchar, y triunfaré. Cortaré relaciones con ese hombre, le devolveré su tarjeta, su retrato y sus malos libros. Su Nietzsche, haciéndole saber que ni él es un super-hombre ni soy yo la super-hembra que se imaginó para llevar a cabo su perverso plan. Tengo tres aliados que me inspiran: mi conciencia, el ejemplo de mi santa madre y los de la rectitud y energía de mi padre.

—Señorita! —gritó una sirvienta— su tío de usted la aguarda en el salón!

—Oh dicha! son cuatro mis campeones! Voy allá.

Quien llamaba era el doctor Alberto Silva, su maestro, consejero y quizás su enamorado. Después de saludarla, díjole su tío:

—Vengo a informarme de tu salud, y a decirte algo que te interesa. Estoy enterado por la Superiora y por tu padre, de cuanto te ha pasado con un joven a quien no quiero nombrar. Por tanto, hablemos de tu salud.

—Estoy enteramente repuesta, tío. Fue una crisis nerviosa que pasó pronto, y estoy a tus órdenes.

—Crees que siga en sus pretensiones ese impostor?

—No, tío, porque yo no lo permitiré. Pero, quién es ese hombre en el mundo?

—Un perdido, un farsante, un caballero de industria, que falsifica la firma de tu padre para que la Superiora del Instituto le reciba como médico enviado por él.

—Pero tu amor . . . . . digo, tu estimación por mí, no te habrá hecho exagerar?

—Dijiste bien al principio. No, mi amor por tí no me ha hecho exagerar. Yo me he jurado anteponer a esa para mí desgraciada pasión, la protección que prometí a tu madre y mi anhelo por tu felicidad. Comprendo que has despedido a ese hombre. Bendita seas. Qué quieres ahora para complacerte?

—Que me sigas estimando y que . . . . .

—Perdona, Esther, que te interrumpa. Estimándote solamente . . . . . ¿Amándote no?

El doctor aprovechaba hábilmente una crisis favorable en el ánimo de Esther, que contestó:

—Allá veremos, tío. Tú eres el hombre mejor del mundo. Déjame concluir. Sácame inmediatamente de este Establecimiento, que me es odioso ya. Necesito aire libre, desahogarme, libertad, expansión. Yo no quiero estudiar más. Me creo ya mujer completa, y puedo ser dueña de mi destino. Yo adelantaré más con tu dirección, con tus consejos, con tu compañía y la de mi padre. Me ayudarás, ¿no es cierto?

—Mándame cuanto quieras. Eres una sabia y valiente mujer. Soy tu esclavo.

—Alto ahí, tío! No me digas galanterías, porque me enojo. Entre los dos, amistad y franqueza.

—No más, Esther? Me resigno y espero.

—Sea. Pero cúmpleme inmediatamente con la misión que te encargo, de solicitar la venia de mi padre, para que me saquen de aquí. Que venga él o que te envíe a tí, para llevarme. No quiero pasar ni un día ni una noche más aquí. Mientras vienen por mí, voy a arreglar mi pequeño equipaje. De allá me irán por lo demás, que dejaré listo. Párte, tío. Adiós! o, mejor dicho, hasta pronto!

Esther procedió de seguida a mandar a Víctor por medio de Inés los pocos efectos que de él tenía: una tarjeta, un retrato, cartas, y unos libros de Nietzsche, Vargas Vila, Felipe Trigo, y López de Haro.

Al entregar todo a Inés, ésta rompió a llorar inconsolable, llanto que selló Esther con un beso, y siguió a despedirse de las madres y discípulas.

Cuando Aben Hazi y Silva vinieron a llevarla en auto, Esther estaba lista. Abrazó llorando a su papá, y, callados todos, partió con ellos.

Unas monedas de oro que el judío puso en manos de la Superiora, fue todo el proceso para llevarse a su hija.

Instalada Esther en su casa, Alberto Silva se despidió, prometiendo volver al día siguiente a almorzar con ellos.

Así se verificó. Terminado el almuerzo, Esther se sentó

al piano. Los dos hombres fumaban sendos puros, cuando un muchacho gritó desde el zaguán:

—Carta para el doctor Alberto Silva! Levantóse éste, leyó la carta, y dijo calmadamente al muchacho:

—Voy a contestar inmediatamente en mi casa. Me seguirás. Un asunto urgente,—dijo, se despidió, y salió adelante del muchacho.

Empero, Esther había reconocido en éste a un criado de la casa de Inés. Le hizo señal de esperar. Le formuló una pregunta al oído, y, volviendo hacia su padre, díjole:

—Papacito: temo que el infame haya desafiado a mi tío. Te aseguro que no me interesa sino este último. Te ruego que impidas ese duelo. —Es justo. Ya voy— replicó el judío— arreglándose para salir.

Cuando el judío entró a casa de Alberto, éste ponía en mano del muchacho una carta.

—Me supongo —dijo a su cuñado— que tú no te batirás con ese miserable.

—Puede ser que se evite el lance, pero, entretanto, permítame salir por unas cápsulas para mi revólver, porque ese mozo amenaza de atacarme en la calle. Suplícote, cuñado, que no te mezcles en este asunto, y cuida solamente de Esther. Hasta luego! —y salió.

Alberto fue directamente donde el maestro de armas, en solicitud de una buena espada, de la que se proveyó. En seguida dijo:

—Maestro, usted conoce mi juego. Si tuviera algún encuentro con algún espadachín, qué suerte me correría?

—Usted es un campeón ordinario para el asalto, pero admirablemente fuerte y entendido en la defensa. Eso le basta.

—Muy bien. Gracias, maestro,—y se despidió.

El cartel de desafío de Víctor decía entre otras cosas: “Aguardo a usted dentro de dos horas, con su espada y su segundo, tras las paredes del panteón. Si no acude usted puntual, le daré de latigazos en la cara, donde quiera que lo encuentre”.

No había remedio. El doctor no quería matar a Víctor, ni que se mentara a Esther. Tenía confianza en su persona y en su propia esgrima, y aunque Víctor tenía desde París fama de grande espadachín, acudió sereno e imperturbable al lugar de la cita.

—Y no habrá remedio, caballeros, —dijeron los padrinos— de evitar este lance?

—Ninguno, señores! —replicó el doctor.

Y no por insultar a Víctor, sino para enardecerlo, exaltarle y desconcertarlo, gritó, desenvainando la espada:

—En guardia, vagabundo ! Aquí has de pagarme todas tus fechorías !

Desnudó Víctor también su espada, y replicó :

—Viejo bellaco. allá voy !

Y olvidando toda regla de esgrima y fórmula de duelo, se lanzó como un rayo sobre su adversario, que girando hábilmente su cuerpo, escapó la furiosa acometida, hiriendo a Víctor debajo de una axila ; luego, se cubrió de nuevo y esperó.

Renovó Víctor la acometida, con mayor furor, si cabe, y contemplando que no se las había con un bisoño, como creía al principio, recobró un poco la calma, apeló a las reglas de la esgrima, en la cual realmente era fuerte ; dió nuevos asaltos a su contrario, que le pusieron en verdadero peligro ; pero los ataques de Víctor eran cada vez menos fuertes ante la calmada y tenaz defensa del doctor, hasta que fueron tan débiles, que éste acometió a su turno, con vigor y precisión tales, que pudo dar violento golpe con el lomo de la espada en un brazo de Víctor ; que le hizo largar el arma y que cayese al suelo. Recogióla el doctor, y con ella de punta al pecho de Víctor, le dijo :

—Ríndete, acépta mis condiciones o te mato !

—Y cuáles son ellas ? —replicó Víctor— que aceptaré si no fueren humillantes, porque estoy avergonzado de mí mismo.

—Estas : dejas el país, embarcándote desde esta noche, en un barco que parte para la Argentina, y que yo no te vuelva a ver. Supóngome que aceptas, y en tal caso, recibe mil pesos de manos de mi padrino, para ayudarte al gasto inesperado.

Y Víctor se marchó, tomando distinta vía para volver a la ciudad, porque divisó a unos que llegaban en auto.

Era el judío con dos agentes de policía.

—Todo está concluído, cuñado, —dijo Silva—. Demos las gracias a estos caballeros, y que nos permitan regresar a casa inmediatamente.

Así se verificó. Y cuando llegaron a casa, salió radiante Esther a recibirles, porque un ciclista enviado por ella, presenció todo el lance y había llegado a informarla.

—Bésala, Esther, la mano de tu valiente y generoso tío.

—No así, —interpuso Silva—. Yo soy quien besaré la mano de Esther, si ella me la tiende como a su futuro esposo.

—Sea— contestó Esther. Lo haré con entusiasmo y con amor, supuesta la venia de papá.

—Yo les bendigo —replicó el judío— en nombre de Jehová. De modo, María, que este mi cuento, que no tiene más

gracia que ser corto, se acabó como comedia española, por casamiento y realizándose en él el dicho del gran trágico inglés :

All's well that ends well

( Todo lo que acaba bien es bueno ).

Moraleja o comentarios, en la carta próxima.

---

## Carta Séptima.

Abordemos en esta carta un asunto importante y decisivo en la vida de la mujer : la elección de un novio.

Tienen las jóvenes un enemigo feroz, en la impaciencia de casarse : desde los 20 a 22 años van teniéndose por *pasadas*. Error ! Funesto error ! La mujer de 30 años, cuidada y conservada con esmero, está en la flor de su edad. Josefina Beauharnais, viuda y con hijos grandes ( Hortensia y el que fue después príncipe Eugenio ) fue en su tiempo reina de la mejor sociedad de París, cautivó el corazón de Bonaparte, se casó con él y llegó a ser Emperatriz de Francia. Ninon de Lenclos se mantuvo bella y cortejada por príncipes, magnates y hombres célebres hasta los 50. Y no fueron la belleza y el ingenio los que la dieron el cetro de la moda elegante de París, sino su gentileza, su exquisito trato y una jovialidad de carácter que la procuraron amistades como las de Coligni, Condé, La Reauchefoucault, D' Estrees, D' Evremont, Voltaire y las de altas damas de la corte.

Inquiére en tu novio, más que figura y atractivos personales, cuál fue su cuna, su educación primera, cuáles su carácter y costumbres, cuánto y cómo es que te ama, y cuáles sus posibilidades para procurarte un hogar feliz.

Ni es forzoso de tu parte que le ames con pasión, con frenesí ; te bastan simpatías y una completa estimación personal. Las cualidades recíprocas de los esposos, el hábito o la costumbre, los intereses recíprocos y los hijos que habrán de nacer suplen a cuanto amor es preciso en el matrimonio.

No tengas novio *de mentira*, como dicen, solamente por hablar, por darte la importancia de que tienes uno. Eso desacredita y cierra las puertas a pretendientes serios.

La Condesa de Pardo Bazán, honra de las letras castellanas y timbre de la raza, dice a las solteras : " Nunca te presentes a tu novio estando sin peinar, mal calzada y vestida con desaliño. El amor vive de ilusiones y no quiere que se las quiten " .

↳ No frecuentes puertas y ventanas a la calle, lo cual indica ociosidad, da margen a relaciones que pueden no convenirte y te hará aparecer como *buscona*. Mercancía que mucho se ofrece pierde de su valor. Las flores que se ostentan en el balcón no provocan curiosidad de entrar a verlas.

Húyete del *flirteo*. No des ocasión a que te corteje hombre que no pueda casarse contigo, o que, en caso de propuesta, no hubieras de aceptar como esposo. De otro modo, pasarás irremisiblemente por coqueta.

El hombre que honradamente te quiere se lo dice a tus padres sin tardanza.

Como la adormidera debe ser la mujer honesta: Estremecerse al contacto de toda mano extraña. El hombre que alcanza ciertos favores de una mujer no se casa con ella.

U Valen más la timidez y el encogimiento que el descoco y la audacia en la mujer. El rosicler que la vergüenza imprime en las mejillas de una niña es encantador.

Contrae, para casarte, largos esponsales: de dos años, de uno, cuando menos de 6 meses. Esta demora da lugar a que los prometidos se conozcan mejor y se den cuenta cierta de la solidez y constancia de su amor. Y si se me arrepiente el novio?, me observará alguna. Mejor para tí—contesto. Peor fuera que se arrepintiese después de ser tu esposo. Tienen además los esponsales la ventaja de dar tiempo a los contrayentes para entrar cumplidamente en la seria vida del matrimonio.

Palmira, agosto 10 de 1917.

## Carta Octava.

Como los cuerpos celestes, todo ser humano tiene su atmósfera que le rodea, y que puede modificar a su gusto. Procúrate un ambiente suave y agradable; desde luego, con la limpieza y pulcritud de tu persona e indumentaria, y además, con baños caseros, templando el agua con alguna planta aromática. Puedes agregar, si quieres, algún perfume fino en cantidad moderada: cuero de Rusia, de España, esencia de rosas de Bulgaria, de jazmín o de algún otro oriental. Un perfume excesivo repugna y hasta marea. Los ordinarios son detestables y de mal gusto; mejor fuera no usar ninguno.

Absténgase la joven, y aun la mujer casada, de recibir obsequios de extraños. Éstos son siempre una deuda que

hay que pagar, y es mejor no contraerla. Si tienes la desgracia de fumar, procura ocultarlo, para no aceptar a nadie obsequios de cigarros y cigarrillos.

Por regla general, toda persona debe procurar, hasta donde le sea posible, no aceptar y menos exigir, servicios de nadie. Bastarse a sí propio es una verdadera felicidad.

Procúrate una profesión, un arte o un oficio, conque puedas ganarte la vida en caso necesario. Tú, María, puedes hacerte Cirujana-Dentista, como tu padre; profesora en obstetricia y enfermedades de mujeres; comerciante al por menor; contabilista, farmacéuta, droguista, relojera, joyera, telegrafista, mecanógrafa, taquígrafa, etc. Hay plétora de costureras y modistas.

Una idea, acaso feliz: Existe floreciente en Bucaramanga la industria de la sericicultura, y hay una escuela nacional, dirigida por el eminente profesor don Enrique Sánchez. Respetuosamente te insinúo que éntres a dicha escuela, hasta hacerte experta en ese ramo interesante de industria y traémosla al Cauca, con el cultivo de la morera y de los gusanos de seda.

Pueden también las mujeres (por qué no?) aspirar a los empleos públicos y consejiles, como notarías, tesorerías, etc. y, vuelvo a decirlo, al comercio en detal. Es una irritante injusticia, un absurdo, que los hombres hayan usurpado ese comercio a las mujeres. Da grima contemplar a un mozo lleno de vida, salud y robustez, detrás de un mostrador, vendiéndole encajes y cintillas, con semejantes manazas, a una señorita delicada. Ganas da de tomarles por el cuerpo y obligarles a cambiar de posición. Allá están para el mozo, el Alto Comercio de importación y exportación, la grande agricultura, la minería, las industrias, las ciencias y las artes.

Y se me ocurre preguntar: Deberán nuestras llamadas nobles y ricas aprender y ejercer también una profesión? Que sí me contestó. Pueden y deben las señoritas dedicarse al ejercicio de una profesión, de un arte liberal, sin mengua de su decoro ni de su posición social. Sería ello, además de propia conveniencia, un acto edificante, que de veras las ennoblecería y justificaría su fortuna, por el buen empleo de ella. El Marqués de Dion y la Condesa de Noailles, en el *Supermundo* francés, las han precedido, dedicándose a trabajos comunes y vulgares.

---

## Carta Novena.

Voy a tratarte en esta carta, querida amiguita, de los ejercicios físicos convenientes a tu salud, compatibles con tu sexo y de grato entretenimiento.

Es deplorable en nuestras mujeres la vida sedentaria y conventual que llevan, reducidas al interior de sus aposentos, unas como flores de invernáculo, sin que las bese el sol, acaricie ni refresque el aire libre de los campos o alamedas.

El auje de las mujeres pálidas, ojerosas, espiritadas, delicadas del pecho, románticas, a lo Traviata o Margarita Gauthier, pasó para no volver. Hoy, con esa grosería popular de llamar las cosas por su verdadero nombre, se dice de las pálidas y ojerosas que son anémicas; de las flacas, consuntas; de las románticas, histéricas; de las delicadas del pecho, tísicas o tuberculosas.

El mundo moderno no quiere sino mujeres sanas, robustas, fuertes, hábiles para la maternidad, para los menesteres domésticos y, en caso necesario, para las industrias, el comercio, los viajes, etc.

Robustéce tu cuerpo, señorita, con alimentación adecuada, hábitos de higiene y ejercicios corporales propios de tu sexo.

Entre los ejercicios físicos, el mejor es la natación. La posición horizontal del que nada es la más conveniente. Todos los músculos y órganos del cuerpo desde la cabeza hasta el extremo de los pies, entran en saludable funcionamiento.

Donde no tengan las mujeres río inmediato y a propósito para la natación, aboguen porque el municipio les proporcione grande alberca o lago artificial. Para dicho efecto y para otros de que vamos a tratar,

A la natación sigue el remar, como ejercicio provechoso y divertido a la vez. Las apuestas, justas o regatas son emocionantes y atractivas en grado sumo. Sobre la parte más honda del lago pueden colocarse, sin riesgo alguno, columpios y trapecios para otros ejercicios.

Vienen en seguida el ciclismo y los juegos de pelota, el tennis, el golfo, patinar etc.

Venzan las mujeres tántas preocupaciones, y adopten la falda-pantalón, de la tela más conveniente en cada caso, para cabalgar, pedalear y nadar. Ese será el traje de la mujer del porvenir.

Mas no olviden que para todos estos ejercicios necesitan las mujeres desplegar toda la soltura, flexibilidad, elegancia y gracia de sus movimientos y aposturas.

Para viajes a caballo es indispensable a las mujeres usar de la falda-pantalón. Lo mismo para trepar montañas y riscos, para saltar y transitar malos caminos, puesto que para todo esto es indispensable que monten a horcajadas, como los hombres; desde luego, para el mejor equilibrio; y en seguida, porque es con las piernas como se puede resistir movimientos bruscos. Sentadas en el galápago, como acostumbra, es por extremo nocivo y peligroso para su salud.

Por eso las *cow-girls* (muchachas vaqueras) americanas, las tártaras y las indias, que montan como los hombres, pueden cabalgar todo el día, sin sufrir por ello. Las piernas de quienes montan a horcajadas les sirven, como los resortes del coche, para suavizar los movimientos bruscos.

A pie pueden andar las mujeres cuanto les plazca, cruzando valles y trepando cerros. En este último caso, las variadas posiciones del cuerpo, a que están obligadas, les son muy provechosas.

Un guarnicionero de Pereira se ganó Medalla de Oro en la reciente exposición de aquella ciudad, exhibiendo un galápago de mujer hábilmente adaptado para que ellas puedan cambiar de posición, hacia un lado u otro de su caballería. Creo que, por tan sencillo pero útil invento, merece una estatua el guarnicionero.

Sígueme leyendo, querida y paciente niña, tanto más querida cuanto más paciente, que te preparo una sorpresa agradable: un secreto para prolongar la vida, la belleza y la frescura de tu juventud, la erectibilidad que no se procura con el malsano corsé, la rotundidad de tus formas, la gentileza y el donaire de tu andar. Es lo que más clara y extensamente se verá en carta con que me ha favorecido el profesor de medicina, Doctor Tomás Uribe U., la que más adelante inserto.

Palmira, agosto 24 de 1917.

---

## Carta del doctor Tomás Uribe U.

Querido don Juan:

He tenido el privilegio de leer algunas páginas de *El Libro de las mujeres*, obra suya, que no soy yo el llamado a calificar, por no sentirme imparcial, por tocarme usted tan de cerca; por haber sido siempre *flaco* mío, todo lo que usted escribe, saborearlo y admirarlo y porque me asombra más

esta producción suya a la edad que usted alcanza, y que yo indiscretamente revelo al llamarlo mi viejo tío.

Pero era usted el llamado a escribir este ramillete de sanos consejos que encierra su librito: primero, por su vasta experiencia, que le hace escribir a usted *en conoseur*; y, segundo, por esa benevolencia genial suya que hace que no quiera guardar dentro de sí el fruto de esa experiencia, sino que la aproveche esa bella mitad del género humano, a la cual ha mostrado usted su adhesión, hasta el extremo de no escoger su compañera, por temor de no ir a hacerla feliz. Es decir, que usted, no casándose, quiso rendirle al sexo uno más de sus tributos.

Ha sido voluntad de Ud. la de que en su librito haya un paréntesis dedicado a la cultura física, y que sea yo quien lo llene. Con gusto lo hago, pero con el temor de que sus gestiles lectoras vayan a encontrar que habría sido mejor que usted mismo llenara ese paréntesis, para que en el librito no hubiera ningún lunar.

Yo sé bien que, como parte de esa cultura, usted preconiza la natación; y tiene razón en ello, pues con ella se consigue, no sólo un saludable ejercicio, sino el de hacer del baño diario una especie de religión. Mantener limpia la piel es ya de por sí uno de los mayores factores de la buena salud. Poner en juego la casi totalidad de los músculos es un magnífico complemento, con el cual se consiguen amplias inspiraciones. Aire limpio, que éntre en abundancia a los pulmones, y dejar, con el aseo, expedita esa otra respiración, que se hace por la piel, hé ahí la mitad, o poco menos, de lo que uno puede hacer para conservar el cuerpo ágil y sano.

Los músculos constituyen como el 46 por ciento de todos los tejidos del cuerpo humano. Nada hay que podamos hacer ni expresar sin su concurso. Los músculos, no sólo nos ponen en capacidad de estar de pié, movernos, llevar una carga, defendernos, etc., sino que todo el proceso de la vida, desde los latidos del corazón, la expansión de los pulmones, los movimientos del estómago y del tubo intestinal, la contracción de los vasos sanguíneos, etc. etc., dependen absolutamente del tejido muscular.

Cuando consideramos que no podemos respirar, ver, oír, oler, comer, beber o hablar sin el uso de los músculos, la importancia de educar estos pequeños agentes aparece clara a nuestro entendimiento.

Además, cuando estudiamos la historia de la vida animal y retrasamos el proceso del hombre primitivo hasta nuestra época, encontramos que ha sido el uso inteligente de los mús-

culos lo que le ha hecho ganar el ascendiente sobre la naturaleza y sobre los demás seres del reino animal.

Cuando cada hombre era su propio cazador, pescador, labrador, carpintero o mecánico, adquirió el más conveniente desarrollo muscular.

Por cientos de años, nuestros antecesores vivieron en ese rudo y saludable contacto con la naturaleza, y de él tomaron la fortaleza física que pocos han heredado.

Los cambios traídos por la civilización moderna han hecho menos apreciable y precisa esa fuerza física. El vapor y la electricidad hacen ahora el trabajo, y aún las batallas del mundo, y han multiplicado miles de veces el poder del hombre. Por eso hemos dejado de mirar el vigor físico como factor esencial del progreso humano. Pero estamos engañados, y de ese engaño viene nuestra debilidad; a remediar ésta van los ejercicios diarios que usted, don Juan, recomienda a sus amables lectoras, a las que yo agrego enfáticamente la mayor urgencia. Cuando esta prédica dice *hombre*, dice también *mujer*, y más *mujer* que *hombre*.

El término *ejercicio* viene del latín y significa una serie de movimientos corporales a que los romanos sometían a los jóvenes para hacerlos aptos en el servicio militar. Se dice que estos ejercicios preparatorios eran tan fuertes que muchos preferían la guerra real a los combates diarios fingidos. La contracción enérgica de los grandes músculos del cuerpo es, al mismo tiempo que el más importante agente de la buena salud, la mejor iniciación en la lucha por la vida. Tras el ejercicio viene el buen apetito y, satisfecho éste, el sueño reparador.

La cantidad de aire que se respira está en proporción con la actividad física que se despliega, y se regula automáticamente. Fuera de esto, el ejercicio mejora el funcionamiento de la piel, principalmente si es hecho al sol y al aire libre.

Ahora: ¿cuáles, de tantos ejercicios como hay, serán preferibles para nuestras mujeres? Ya está dicho al principio por usted con más gracia que yo: la natación. Pondría yo en primer término la carrera, que tampoco deja ningún músculo que no mueva. La sola marcha fuera de las ciudades, donde el aire que se respira no está cargado de las emanaciones que se desprenden de toda aglomeración humana. Pero, como decíamos: no hacer esto de vez en cuando, los domingos no más, sino imponérselo como diaria e imprescindible obligación. Porque obligación es conservar sano y robusto nuestro cuerpo; obligación más imperativa aún para las mujeres que para el hombre, pues sobre élla más que sobre éste, descansa el edificio del hogar.

TOMÁS URIBE U.

## Carta Décima.

Si de matrimonio vamos a tratar, mi primer consejo a las mujeres es el de no casarse mal. Preferir la soltería, el monjío, la miseria y hasta la muerte a un mal esposo. En aquellos estados pueden ser desgraciadas, pero ellas solamente; en el otro, arrastrarán en su desgracia y desolación a sus hijos, a sus padres, a sus deudos todos. Mientras que una mujer sola, honrada, educada y de buen carácter tiene abiertas para sí las puertas de todos los hogares, para una infeliz, cargada de hijos, están cerradas hasta las del hospital.

Honra y ama a tu esposo como al mismo Dios. Fuera de él, amigas mías, no hay salvación para la mujer casada; ni la ley, ni el sacerdote, ni el Alcalde ni la familia, podrán nada en pro de vuestra felicidad.

Lleva tu fidelidad hasta la exageración. Como la romana Lucrecia, mátate antes que, aún sin tu culpa, halle en su lecho tu esposo huellas de hombre extraño. Como la bogotana Mercedes, mátate con mayor razón si consentiste en el hecho infame.

“La mujer casada que mira a un hombre con malos ojos ya cometió adulterio en el corazón”.

Tienen su verdad y su filosofía estos refranes vulgares: *la mujer casada, la pata quebrada; la mujer y la gallina por andar se van ahína.*

“Procura que la luna de miel no se azucare demasiado; así la prolongarás bastante tiempo”.

“Procura que tu hogar sea el refugio, no la cárcel de tu esposo”.

Que no trates de dominar a tu marido te dicen autores. Yo te digo lo contrario: sí, domínalo, si puedes; más para hacerlo bueno o mejor. Domínalo con tu amor, con tu belleza, con tu bondad, con tu ternura, con tu ejemplo, y hasta con tus lágrimas. Con esas benditas armas, y no con escenas de celos y querellas inútiles y vergonzosas; dispútaselo hasta a sus pasiones, a las mismas hetairas y damas de las Camelias. Con esas armas, te repito, vencerás como Constantino: *In hoc signo vinces.*

Una virtud pasiva, llorona y resignada no alcanza nunca los laureles de la victoria.

No porque la mujer que se casa descubrió ya, como Colón, su mundo; no porque llegado el esposo al puerto cerrado del matrimonio, deba, como Cortés, quemar las naves de la galantería, abandone la mujer su conquista; cuídela, al contra-

rio, con esmero y solicitud. No basta únicamente enlazar: es preciso saber sujetar. Conservar, aumentando, el amor de su esposo es deber indeclinable de ella. Torpemente procede la que, confiada en los vínculos contraídos, deberes y obligaciones de su esposo, descuide su persona, sus naturales atractivos, sus trajes y adornos que mejor puedan agradarle. Juzgo que hasta un poco de coquetería la es permitido con él. La falta de todo esto puede conducirlo a la tibieza o frialdad de su afecto, a la desilusión y al desengaño.

UNIVERSIDAD

EAFIT

®

Sala de Patrimonio Documental

## Palabras pronunciadas por Julio César Arce ante el cadáver de don Juan María Uribe U.

Palmira, diciembre 11 de 1917.

U He aquí otro faro que se apaga : un potente luminar que después de haber cumplido su misión sobre este valle de amargura, se pierde en la noche caótica de los tiempos, dejando como estela un semillero de virtudes cívicas y un alto ejemplo de ciudadanía, como que Dn. Juan María Uribe fue un varón austero; un hombre eminentísimo cuya vida llenó más de una página de nuestra historia nacional. Vástago de una familia cuya más alta presea es la del talento, perteneció a la estirpe de los caballeros sin tacha, de los hombres-cerebros, cuya inteligencia fue luz y norma en medio de nuestro vivir desesperante.

Compañero de Mosquera el grande, compartió con ese coloso del pensamiento las horas de prueba, cuando la República atravesara un período de acciones y reacciones, presa de la fiebre de la solidificación nacional y ávida de modernos sistemas que la enderezaran por la senda de un progreso definitivo.

Sala Palmira recibió el honor de contarle entre sus entusiastas servidores, y desde que plantara su aduar en esta tierra hospitalaria, que siempre tiene el estímulo de su cariño para los hombres laboriosos y honrados, no cejó un momento en laborar por el bienestar de esta su segunda tierra, y su corazón latía de placer con nuestros regocijos y palpitaba de pesar con nuestros dolores.

Allí estaba siempre, recluso en su torre de marfil, como un benedictino del pensamiento, modelando infatigable en el silencio de su estancia la escultura intelectual que de cuando en vez sacaba a relucir como una joya valiosísima de vívidas aristas. Hombre de grandes energías, no desfalleció nunca en la contienda : y a pesar de que los años orlaban ya su cabeza con una guirnalda de blancura inviolada, su recia contextura de acero no se resintió cuando cayó sobre él el golpe de la muerte del inmortal Rafael Uribe, golpe que para él era doble, pues que lo unían al grande hombre los vínculos de la sangre y los lazos de un fraternal cariño. Y al fin lo vemos vencido ; para él se ha cumplido ya la sentencia inapelable ;

llegó la hora en que ha de devolverle a la tierra cariñosa el tributo de su cuerpo y de su sangre. Pero su recuerdo arderá siempre en nuestros corazones como una de esas lámparas votivas que iluminan las capillas muzárabes; y su alto ejemplo de civismo será como una brújula que nos demarque siempre el norte del bien y de la verdad.

Duerme noble amigo el sueño misericordioso del Nirvana; descansa ya de esta penosa jornada de la vida, llena de vicitudes y de miserias, ya que nos dejas como glorioso legado, el eco sonoro de vuestras sabias enseñanzas y nos indicaste con vuestro índice certero la norma del cumplimiento del deber.

Recibe el postrero adiós que tus amigos todos, congregados en este puerto en donde principia el mar insondable de la nada, os venimos a dar como el último tributo a vuestras eximias virtudes, como la postrera ofrenda de cariño porque vos supiste ser leal, generoso y noble.

UNIVERSIDAD  
EAFIT®

Sala de Patrimonio Documental

FAES

**BIBLIOTECA**  
Universidad EAFIT



100060534

**SALA DE PATRIMONIO  
DOCUMENTAL**  
Centro Cultural Bibliot.  
Luzichavarría Villegas



